

Una despedida en el fin del mundo: el desplazamiento de la voz narrativa en las memorias de Isaac Knoll y Nora Strejilevich

Florencia Strajilevich Knoll

Universidad de Buenos Aires

La historia de Isaac Knoll

Hace un tiempo, me encontré con un libro que contenía, entre sus numerosas palabras, una que llamó por completo mi atención: *Przemyśl*. Ese signo, marca, huella grabada sobre el papel condensaba una multiplicidad de significados, evocaba recuerdos y sensaciones; tal fue el impacto al leer el nombre del pueblo en que había nacido mi abuelo, que demoré unas pocas horas en comenzar a leer la novela. Vale aclarar que el libro fue un regalo que me llegó a través de mi padre, quien oyó el *latido* que emanaba de aquella historia y creyó que la voz pronunciada por ese palpitar podría transmitirme, desde *otra vida*, la experiencia de Isaac Knoll.

Así fue como llegué al relato *La luz en los lugares ocultos*, una ficción histórica que cuenta la vida de Stefania y Helena, dos chicas polacas nacidas en Przemyśl que atravesaron múltiples situaciones desgarradoras a partir del momento en que comenzó la Segunda Guerra Mundial y protegieron la vida de muchos judíos sin importar las consecuencias. La descripción de cada lugar, de los *procedimientos* que se llevaban a cabo dentro y fuera del gueto, de los intercambios que se realizaban a escondidas, de las condiciones de vida, las persecuciones y matanzas efectuadas en las calles, de las selecciones y progresivos desplazamientos de personas cautivas en los guetos hacia los campos de concentración; cada palabra, cada frase fue tejiendo dentro de mí un entramado de sentidos —algunos esclarecedores, otros difusos— que me permitieron formular interrogantes en forma de puertas hacia mi propia historia. Las vivencias que tuvo mi abuelo son fragmentos de un rompecabezas al que no intenté armar hasta mis veinticinco años; por ese entonces, comenzó a habitar en mí un sonido silencioso, como un eco, que me llamaba desde el interior de mi cuerpo y se traducía en una incapacidad para hablar sobre mi pasado. Así fue que empecé a hacerle preguntas a mi madre quien, con su característica templanza y parsimonia, me fue adentrando en un recorrido —*su* recorrido, el *mío*, el *nuestro*— a través de una narración imprecisa, por momentos incoherente, fragmentaria, despersonalizada;

un relato que se transformó en una voz portadora de imágenes, sonidos, pensamientos, sentimientos, que me permitieron hablar con *él* una vez más.

A continuación, procederé a contar parte de la experiencia que atravesó Isaac Knoll, historia que narró a mi madre cuando ella era una adolescente. Sus palabras aparecían temblorosas, inseguras, quebradas, a medida que un malestar se apoderaba de su cuerpo mientras se adentraba en sus recuerdos. Las notas que me fueron legadas son episodios aislados que fui hilvanando a través de pensamientos, imágenes difusas y lecturas propios; mi voz se fusiona con la voz narrativa de la novela de Sharon Cameron, autora de *La luz en los lugares ocultos*. Aquellos momentos en que el silencio se apodera del relato de mi abuelo se infiltra mi voz, en un diálogo alternado con descripciones provenientes de la historia de Stefania y Helena.

Su historia comienza del otro lado del Río San, cerca de la ciudad de Przemysł; allí, vivía con su madre (Malka) y sus dos hermanas (María, de quince años y Matilda, de dieciséis). Mi abuelo tenía tres hermanos más: Wolf Knoll —que había venido a la Argentina—, Jane Knoll —que también se había trasladado a este país— y Dora Knoll —que se había escapado a Israel—. La vivienda que tenían en ese entonces era precaria (tenía una cocina, un dormitorio y, en los alrededores, había una granja); la tuvieron que vender y, ese dinero, se lo dieron al novio de Dora (actual esposo) para que se fuera a Israel¹, a quien siguió Dora un tiempo después.

Cuando la guerra comenzó, en 1939, era verano; los alemanes estaban en la ciudad equipados con bombas. Habían dado órdenes de que los judíos debían dejar sus casas del otro lado del río por lo que, mi abuelo —con su mamá y sus dos hermanas—, abandonaron la casa, cruzaron el Río San en el centro y, allí, encontraron una casita deshabitada con una cocina. A partir del pacto que establecieron los alemanes con los rusos, Przemysł había quedado dividida:

Los soldados rusos patrullaban las calles principales y la comisaría, y los judíos del oeste de Przemysł, ahora en poder de los alemanes, fueron expulsados al otro lado del río. El puente había sido bombardeado, así que los vimos llegar en una fila interminable por el puente ferroviario; el humo de la sinagoga en llamas aún se alzaba a sus espaldas. (Cameron 25)

Mientras duró este pacto, mi abuelo y su familia vivieron en la casa que encontraron cerca del río, el cual constituía un límite fronterizo; luego, los alemanes ocuparon Varsovia, Cracovia y otras ciudades a lo largo del San. Los alemanes dieron la orden de desocupar todas las áreas de vivienda y trabajo y, allí, se instalaron los guetos:

Salí disparada por el callejón cubierto de Mickiewicza 7, doblé la esquina y crucé por el puentecito que atravesaba las vías del tren. Pasada la estación, estaba el vecindario que ahora era el gueto, y ahí tuve que detenerme. Habían construido una valla, tiras y tiras de alambre de púas, y un portón hecho con planchas de madera nuevas. Un policía alemán patrullaba de un lado al otro del portón, y cuando vio que yo estaba mirando, me gritó y agitó la ametralladora. Volví corriendo por las vías del tren, di vueltas, intentando encontrar el final de

la valla, pero todas las calles que llevaban al gueto estaban cerradas. A los judíos no los habían “reassignado”. Los habían hecho prisioneros. (Cameron 52)

En 1942, Isaac, Malka, María y Malvina fueron llevados al gueto, el cual estaba cerrado para entrar y para salir; solamente se salía para trabajar a través de un portón. Dentro, había diecisiete mil personas; entre ellas mi abuelo salía, únicamente, para desempeñar tareas de carpintería. Aquellas se desarrollaban en una sala de teatro y las órdenes las impartía un ingeniero checoslovaco (este espacio de trabajo se denominaba *Soku*, la *casa del soldado*). Quienes salían del gueto para trabajar comenzaban la jornada a las ocho de la mañana y regresaban a las ocho de la noche del mismo día; mi abuelo y su familia ocupaban un solo ambiente y, su madre y sus hermanas, trabajaban en la cocina. Al gueto no se podía ingresar con comida; algunas personas vendían una camisa por un pan de manteca, pero, si alguien las descubría, su único destino era la muerte. Los soldados solían decir: “Miren bien lo que les va a pasar a cada uno si hacen eso”. Todos los días eran iguales; los judíos usaban un brazalete negro con la Estrella de David en el brazo izquierdo. Cuando iban a trabajar al *Soku*, caminaban por la calle; trabajaban en el sótano, comían papas asadas y tomaban agua. Cuando regresaban por la noche, les daban una ración de sopa. Un día, la Gestapo anunció que en la Plaza Grande debían presentarse cinco mil hombres, mujeres y niños de entre diez a quince años. En el centro de la Plaza un policía daba órdenes mientras observaba a cada uno y los separaba con un bastón. Luego, esa gente fue llevada en camiones hacia un lugar que, en ese momento, se desconocía. Tres veces “limpiaron” en la plaza; una vez mi abuelo vio un furgón tirado por caballos, lleno de cadáveres.

Tiempo después, quedaron solamente quinientas personas dentro del gueto; entre ellas, mi abuelo. En ese entonces, recibir una carta de trabajo por parte de la Gestapo era recibir una esperanza, era la salvación; aquella contenía apellido, edad y trabajo que realizaba la persona. Un día, fue la entrega de dichas cartas (procedimiento llamado *Aktion*): “todos los que no tengan una tarjeta de trabajo serán enviados a un campo de trabajos forzados”, le cuenta Max a Stefania en la novela de Cameron (98). La mamá y las hermanas de Isaac no recibieron esas tarjetas, pero mi abuelo sí; eso significó gran desesperación. Un día, al regresar del trabajo, se encontró con que ellas no estaban; se las habían llevado. Esa noche se presentó un amigo, Bary Sholm, junto con su mujer, y le preguntaron si podían quedarse con él. A partir de ese momento, estuvieron los tres juntos.

Al cabo de un tiempo, entre finales de 1942 y principios de 1943, mi abuelo se dio cuenta que no quería estar más en el gueto ya que no tenía a quién proteger; estaba seguro que su madre y sus hermanas habían muerto. Él recuerda que había conocido a una mujer llamada Josefa —una chica alemana no judía— quien, mientras trabajaba en el *Soku*, le llevaba comida porque vivía bastante cerca; luego de que su familia fue capturada, Isaac se escapó a la casa de esta mujer (lo cual representaba un gran peligro) —se decía que, cuando un polaco guardaba a un judío, toda la familia moriría—. En un principio, mi abuelo se construyó ciertos escondites dentro de la casa (un armario con doble fondo, una cama con doble fondo bajo el colchón); sin embargo, esta señora Josefa estaba enferma de los pulmones y, a su madre y a toda la familia, no le gustaba que mi abuelo estuviera allí. Pese a las circunstancias él fue de gran ayuda, porque buscaba carbón y leche. Un día fue a buscar a un médico cirujano llamado Dr. Tyrker, quien vivía al otro lado del Río San;

cuando él y mi abuelo regresaron para revisar a Josefa e internarla en el Hospital Militar, ella había muerto.

Al terminar la guerra en 1944, quedaban vivos ciento treinta judíos en todo el gueto. Mi abuelo se presentó en el Comité Judío y se anotó para el reconocimiento de aquellos que se habían salvado. Luego, esa nómina apareció en el Diario Israelita y, así, su familia se enteró, en Argentina e Israel, que él había sobrevivido. Junto con seis personas más, dirigidos por un *jaialim* —encargado de preparar la documentación necesaria para cada refugiado de guerra—, tomaron el tren y fueron a Katowice (Polonia). Allí, cruzaron la frontera polaca y checoslovaca; luego, atravesaron el límite con Austria y Viena y, en camiones, viajaron a Salzburgo e Innsbruck (Austria). Durante un mes durmieron en el piso de un colegio y buscaron comida fuera; entre ellos estaban el señor Lazar, el señor Benet —quien volvía del campo de concentración de Auschwitz—, dos muchachos, un estudiante (que luego se quedó en Italia) y dos chicas.

Alrededor de 1945, cruzaron la frontera con Italia en tren y llegaron a Roma. Permanecieron en un campo de refugiados en Cinecitta; allí, tenían lugar para dormir, comían y vestían ya que el Unra —organización que mantenía el campo de fugitivos de guerra— les proveía de todos los recursos necesarios. Mi abuelo permaneció tres años en Italia; estuvo un año y medio en el Campo de Refugiados de Bari y un año y medio en el de Santa María de Leuca. Un *jaialim* le preparó una autorización para viajar a la Argentina como trabajador de campo. Así, Isaac salió en barco desde Génova —en el *Philippa*— hacia Paraguay; los judíos no podían entrar en la Argentina, pero sí en Paraguay.² El barco paró en Montevideo; allí, pagó cien dólares para que un bote lo cruzara, pero lo estafaron. La segunda vez, pagó otros cien dólares y lo cruzaron a través del Río Paraná. Caminó durante dos horas; finalmente, un tren lo llevó a Rosario y, el 25 de mayo de 1948, llegó a Constitución.

Comparto la historia de Isaac Knoll como un *desentierro* —en el sentido utilizado por Eugenia Bekeris (2002) en su obra—; como un accionar que se sumerge en las profundidades de una experiencia que se encuentra recubierta por múltiples *capas*. Líneas más gruesas, más finas, aquellas se superponen una a una, a la vez que el trabajo memorial construye y *destruye* numerosas significaciones que se tejen entre los espacios vacíos; como afirma Sánchez Vázquez en el epígrafe que se encuentra en el estudio introductorio del libro de Silvia Dutrénit (2015), “el exilio no es un simple trasplante de una tierra a otra, un hallar en la nueva lo que se ha perdido al dejar forzosamente la tierra propia, sino la pérdida de la raíz, del centro. Es un vivir en el aire, partido en dos, entre la tierra que se pisa y la tierra con la que se sueña volver...”. (Sánchez Vázquez, en Dutrénit 13) La remoción de *capas* —me gustaría llamarlo *arqueología memorial*— es un movimiento que se puede pensar en dos direcciones: hacia *adentro* —hacia la intimidad de la experiencia vivida y su consecuente (in)decibilidad— y hacia los *bordes* —en el sentido de dos espacios geográficos distintos que ofician de límites entre los que se configura la identidad del exiliado—. Mónica Gatica indica que, para Casullo, el exiliado es un “sobreviviente olvidado”, “alguien que tira hacia atrás la historia”, “un desaparecido que regresa, aquel que no fue asesinado”. (65) El testimonio requiere, según este análisis, un espacio donde es importante no sólo comprender la voluntad de hablar sino, también, las dificultades para preservar y construir los sentidos identitarios; de esta manera, según Briole, “en cada

trayectoria existencial se mezcla lo que desde la infancia ha hecho la trama de lo cotidiano y lo que ha dejado su marca como acontecimiento de suerte o desgracia”. (Dutrénit Bielous 25) Se entrecruzan dos procesos: el *desplazamiento* memorial, emocional y físico llevado a cabo por Isaac al momento de configurar su relato que se dirime entre dos territorios y, al mismo tiempo, la *excavación* desarrollada por mí —su nieta— a través de *marcas* que él ha dejado y que portan voces que hablan en silencio. El límite que se dibuja entre lo vivido de forma directa y la cicatriz indeleble que perdura en el tiempo y condensa afectaciones que no se pueden poner en palabras, puede ser pensado como un espacio en donde la *transmisión* adquiere potenciales sentidos entre lo *narrable* —aquello que se puede contar— y lo *comunicable* —aquello que se puede *compartir*—; sentidos siempre abiertos, muchos de ellos inconclusos, muchos de ellos inexistentes.

Mi voz se encuentra con la de mi abuelo, con la de Sharon Cameron y con la de sus personajes, Stefania y Helena; voces que se desplazan permanentemente entre tierras distantes, tiempos lejanos y, a su vez, entre la intimidad y la superficialidad del lenguaje — como lo llama Jorge Larrosa—. Las capas discursivas, memoriales, afectivas, generacionales nos trasladan entre zonas que se acercan y se alejan de los márgenes, líneas que (des) conectan recodos *hundidos* en el interior y esferas sociales, culturales, comunitario-afectivas que dialogan con nuestra subjetividad.

Nora Strejilevich: Un día, allá por el fin del mundo

“No parto de nada / parto de pérdidas”; esta frase —epígrafe con el que inicia el relato— marca un lugar desde el cual Nora empieza a hablar y que se emplaza como lugar de enunciación. Se presenta, como punto de partida, un espacio que se configura entre lo que está y lo que ya no está, entre lo que permanece *cerca* de la subjetividad y aquello que se *despide* de ella.

La voz emprende un viaje que dispone de un itinerario que se aparta del propio. En el relato, no es una única Nora la que viaja, sino que múltiples partículas de su interioridad respiran en tiempos y espacios diferentes; sus sentidos se escabullen por entre los callejones de su memoria, pasadizos contruidos de momentos que se alternan como un gran rompecabezas, vuelven sobre sí e intentan ensamblarse para crear un edificio que nunca se mantiene en pie. “[...] Esa vuelta no cierra ningún círculo, es un modo de subrayar lo interminable del vagabundeo, los recorridos de contrastes, el dejarse ir entre palabras, atravesando ciudades, pueblos, tormentas, quebradas, huracanes. El viaje no excluye recorrer pasillos fantasmales, ni la voluntad de salir de él con las manos vacías”. (Sneh 65) La circularidad que marca, tanto los recorridos emprendidos por Nora, como el accionar de los personajes; la triangulación de voces; los saltos en el tiempo; los cambios repentinos de espacio; la alternancia entre momentos de calma y episodios frenéticos; la contraposición entre la *livianidad* y *pesadez* del lenguaje; el uso de metáforas; la tensión que se abre con el primer capítulo que, a la vez, no es el *primer* capítulo —lo que genera una especie de oxímoron entre el desplazamiento ininterrumpido que implica el nomadismo y la intención de dar orden a un relato que fricciona con la volatilidad y suspensión de muchas de las escenas narradas—; estos aspectos constituyen, entre otros, pinceladas cuyos contornos se vuelven a delinear cada vez que Nora se despide de su voz. Despedida que

implica, en múltiples circunstancias, en diferentes capítulos, reencontrarse a sí misma en y desde otro lugar.

Una voz entre dos polos

Nora tiende su vida sobre un mapa que, a escala real o del tamaño de una maleta, acerca y aleja sus recuerdos al compás de sus errantes pasos. El dolor la vio partir del lugar donde había nacido para emprender un viaje que, lejos de hallar un final, encuentra siempre un nuevo comienzo. El itinerario de la(s) narradora(s) tiene un punto de partida, pero no un punto de llegada; la despedida inicial —una despedida lenta, que nunca termina— genera un impulso en Nora hacia múltiples territorios los cuales —así como sucede con los objetos perdidos que “escapan de sus manos” — conservan alguna escena sin la cual no se podría reconstruir la propia historia, aquella que se deshace en pequeños pedacitos, en migajas, y que marca un camino muchas veces nómada, vagabundo, descentrado.

A menudo, Nora se encuentra escindida entre la *partida* y la *llegada*. Uno de los recursos que se observa con frecuencia a lo largo de los capítulos —además de la alternancia entre diversos puntos de vista que adopta la voz narrativa— es la representación de la protagonista a través de tiempos, espacios, acontecimientos, recuerdos y subjetividades que están *divididos*:

Miedo a la muerte de mi madre y miedo a perder el mundo que armé en este extremo del continente. Miedo a irme y miedo a quedarme. Miedo al miedo. ¿Llegaré a tiempo? ¿Volver será definitivo? ¿Abandonaré este balcón nórdico desde el que diviso, a través de un cómodo largavista, mi remota historia? El binocular da con imágenes enterradas que van acercando primeros planos, aunque vea el ayer como veo el mar, a través de un ventanal opaco. En el puente entre los dos polos se escurre Sarita. El puente abre un vacío: no te extraño en Canadá, renacés en Buenos Aires. ¿Qué le pasa al tiempo con el cambio de espacio? ¿Qué distancia abre en mí? En una novela los cambios de espacio se leen como cambios de tiempo. En la vida es igual. Cuatro mil kilómetros de distancia es una eternidad, y allá, en Buenos Aires, es siempre.” (Strejilevich 84)

Nora se observa a sí misma desde un mundo que se presenta *de a mitades*. La exploración que hace de su intimidad se ve atravesada por sensibilidades que se dirimen entre lugares y afectos enfrentados entre sí: su vida en Buenos Aires y su vida en Canadá, la presencia de su padre y su madre en la Argentina y el exilio que ella tuvo que emprender hacia otro país, el vacío y el silencio de una voz que nunca pudo decir “adiós” y la multiplicidad de lenguas con las que Nora empieza a convivir aunque le irrite que no congenien, “dar con una palabra en castellano y no con su equivalente en inglés o viceversa”. (Strejilevich 84) Estos aspectos —entre otros— se contemplan entre sí, se recorren, se miran a los ojos, pero se desconocen, hablan lenguas distintas y habitan coordenadas espacio-temporales diferentes. A un lado, está la vida que Nora dejó “atrás”, aquella que no logró atravesar *migraciones* y subirse al avión con ella; al otro lado, diversos emplazamientos geográficos se disponen a modo de casilleros, entre los que la narradora sortea su próximo destino. Esa otra vida se ramifica sin cesar, crece, se eleva; mientras sus floraciones adquieren tonalidades, formas y

tamaños diversos, un eco resuena dentro de la protagonista y filtra en ella una voz, varias voces, que la llaman desde un mundo anclado en su pasado pero que, con insistencia, intenta tocar las puertas de su presente.

Nora palpita un tironeo entre los universos que resguardan los cristales en que su alma ha sido esparcida a través de los vientos; una voz la llama desde su locación actual, otra voz la llama desde un lugar al que le da temor volver pero que retorna a su vida como un objeto perdido que, cada tanto, regresa a visitarla. Una nueva despedida se aproxima; las manos comienzan a soltarse ya que “su mano hinchada, su mano frágil y firme, que no me canso de acariciar, señala la lámpara”. (Strejilevich 91-2) La mano de la madre de Nora pierde fuerza, se ha estirado tanto como su voz para llamar a su hija y pedirle que se quede un rato más con ella; pese a la distancia física que separa a ambas, la señal de un latido que se apaga hace que los ojos de Nora intenten enfocar, que la opacidad de ese ventanal que conecta ambos balcones se diluya, que el tiempo se aproxime a una eternidad que oscila entre el “nunca” y el “siempre”. Nora siente los recuerdos como puro presente cuando la imagen y la voz de la madre llegan a ella en forma de puente, cruzan el océano y le penetran en la memoria. Allí, la distancia entre los cuerpos, entre las voces, es muy reducida ya que Sarita —su esencia, las experiencias junto a ella, su latido— perviven *dentro* de Nora, en su mente y en su corazón. La distancia geográfica se achica, las subjetividades de la hija y su madre se superponen y se visitan entre sí en la interioridad de la narradora, por lo que la *fuerza* que hay entre ambas es muy grande —y, en consecuencia, la fuerza que tiene la rememoración y el peso de lo vivido—. La voz de Sarita viajó a través del espacio, franqueó el límite de todo aquello que se encuentra *por fuera* de su hija y penetró en su intimidad, abriendo una despedida que convive con *otra voz* —que habita *otro mundo*— la cual, no sólo continúa despidiéndose de Nora y de su familia una y otra vez, sino que ilumina —desde la eternidad de las cosas perdidas— un espacio donde todos ellos no logran coincidir; un lugar donde la *despedida* es una palabra cuyo significado colapsa, un instante que oscila entre el peso de lo sucedido y el impulso a recomenzar en cada nuevo *despegue*. Un largo adiós que nunca acaba, continúa en los pliegues del tiempo y en los confines de un mundo que vuelve a comenzar, numerosas veces, en los trazos que reescriben a Nora.

La voz íntima más allá del tiempo

Nora dialoga con ella misma, se hace preguntas sobre su experiencia, sobre su condición y su emocionalidad. Nora es *varias Noras*; es su propia voz, es *otra voz* que interpela su discurso, es una voz externa que narra los acontecimientos intentando no involucrarse en ellos. Su voz se multiplica; es la de ella, pero, a la vez, no es la de ella, ni la de otros. “La primera persona es una voz que se asume disgregada, es decir, en estado continuo de ruptura y reconstitución. De esta manera, la novela desafía la estabilidad del ‘yo’ [...] en cuanto las diversas voces de la enunciación dan cuenta de que solo desde esa versatilidad, es decir, desde esa concreción múltiple, puede asediarse la realidad.” (Simón 42) Como se ha indicado en el apartado anterior, Nora modela y narra su vida en función de una realidad que se presenta constantemente dividida. Esta separación marca tres direcciones hacia las que se dirige su experiencia: *hacia los bordes*, *hacia adentro* y *hacia afuera*, *hacia arriba* y *hacia abajo*. La voz narrativa mantiene monólogos interiores a través de los cuales reflexiona sobre sí misma y vuelve sobre sus pasos, desanda su recorrido y se escabulle en

sensaciones que le permiten acercarse, por un momento, su yo disgregado. Hay momentos en los que el tiempo se suspende y se aúnan su pasado con su presente, se unen las mitades; los “ingredientes que mantienen pegadas esas mitades” —tal como lo llama Nora— son la incertidumbre, el pánico, la preocupación, el miedo, sentimientos que hallan *su par* en otra lengua, en otro lugar, en otras coordenadas. Elementos comunes que acercan *dos Noras* que se enfrentan una a la otra a través de un espejo, pero nunca logran ser una; una dualidad que signa cada uno de sus derroteros y sus experiencias. Nora se mira en su “reflejo” a través del espacio, del tiempo; habla con él, lo busca, le saca conversación. Nora examina a Nora, analiza sus movimientos, sus pensamientos, sus decisiones; viaja a través de sus recuerdos a otras temporalidades, paisajes, lenguas, culturas, lazos, miradas, encuentros. El movimiento *hacia adentro* que despliega la narradora parte de un afuera partido en dos: “Un día me citaron para hacer unos ejercicios muy entretenidos: determinar si el conejo estaba fuera o dentro de la jaula. Concluí que estaba de golpe adentro y de golpe afuera. Mi mirada lo dejaba en libertad o lo enclaustraba, y esa potencia me dio tanta confianza que me curé”. (86) Esta escena que evoca Nora en relación a su infancia funciona como una gran metáfora de la forma en que la voz emplea el lenguaje al momento de pronunciarse; Nora puede *decirse* a sí misma según de qué lado de su vida se pare, ya que las orillas que se encuentran a ambos lados del mar memorial que habita en ella nunca se juntan, el oleaje siempre la mantiene más cerca de un *borde* que de otro.

Sin embargo, “había una vez un lugar luminoso adonde iban a parar todos los objetos perdidos importantes, que justamente por eso se resbalan de las manos, se esconden, cambian de posición en el momento más crucial” (Strejilevich 121); esta zona de la que habla la protagonista —cuya idea anida en su cuaderno de notas— representa ese espacio que acompaña el andar errante de Nora, una abertura por fuera del tiempo que mantiene sus retazos de vida conectados entre sí aunque se encuentren diseminados en la eternidad. La línea que divide al mundo en dos —el mundo físico, afectivo, social, mental, emocional, lingüístico— se presenta como una fisura que mantiene estable la continua inestabilidad que recorre el trayecto de la protagonista, una dimensión que no se ve, pero está ahí, latente, a sus pies, como un gran cofre que contiene los objetos sumergidos en el mar de su memoria. Un pequeño pasaje, una hendidura luminosa donde la voz de Nora puede dialogar para sus adentros, intentar abrazar a la Nora que, continuamente, se le escapa, que vive en *otra* dimensión, con otras referencias y otros puntos de apoyo. Hay instantes fulgurantes como estrellas fugaces en que las dos logran, *casi*, ser una, y habitar una intimidad que permite recuperar, por un momento, las voces perdidas; *casi* porque, como toda abertura permite que, aquello que se esconde, salga, se eleve, respire, pero, también, que aquello que pugna por sumergirse en las profundidades encuentre un espacio de silencio y quietud.

Las capas que recorre la voz de Nora —de adentro hacia afuera, entre geografías que se mueven permanentemente de lugar hacia los límites del mundo— transitan entre el empleo de la primera persona gramatical y la segunda persona al interior de un mismo capítulo —como sucede en el apartado “Las cosas y las palabras” —. Esta polifonía que parte y regresa desde y hacia la *misma* persona alterna, no solamente entre una subjetividad íntima (por momentos frágil, temerosa) y una subjetividad nómada, errante, escindida de sí misma sino, también, entre numerosos tiempos verbales; estos saltan entre los recuerdos

y el presente discursivo y, a su vez, rebotan entre un futuro, un pasado y un presente que se anudan al interior de una sola pregunta suspendida entre signos de interrogación siempre latentes: “¿Será que a partir de entonces se empezaron a ir las cosas? ¿Será que al hacerlo te ayudan a no olvidar?”. (Strejilevich 124)

Y agregó: ¿Será que Nora se encuentra y se *proyecta* a partir de lo que *ya no es*? ¿A partir de lo que la abandonó? ¿A partir de lo que se despidió de ella?

Una voz en el fin del mundo

El aire; espacio que habilita movimientos *hacia arriba* y *hacia abajo*, a través de los cuales se propaga una fuerza que desestabiliza cualquier tipo de equilibrio. En su libro *El aire y los sueños*, Gaston Bachelard propone el concepto de *imaginación soñadora*; el *ensueño dinámico* se vive como un movimiento de la imaginación, a través del cual se emprende una travesía hacia el país de lo infinito. Aquel puede pensarse como una dimensión en donde la imaginación se mueve libremente, donde es evasiva y abre múltiples campos de percepción y creación.

La imaginación dinámica es puro movimiento; ejerce un acto positivo que logra conquistar la gravedad, dibuja un movimiento *en subida*. Esta idea traza un eje vertical cuyo gesto hacia las alturas implica un impulso por crecer, por *levantarse*, que pretende desafiar los límites que exige la gravedad y la sujeción que la tierra impone.

Por otro lado, y, de manera inversa, hay una conexión entre la realidad de la *caída imaginaria* y la sustancia sufriente del ser. Es en la caída infinita en donde los universos de lo real y lo imaginario se atraen y se repelen, sus configuraciones entran en un juego de elementos contrarios que se refuerzan e inducen mutuamente. El peso de la *muerte*, de lo real, impide tener la capacidad de renacer y ascender hacia las alturas, comprime y solidifica las imágenes aéreas; sin embargo, el impulso por *levantarse* siempre se encuentra en el corazón de toda caída, ese impulso que genera una fuerza propulsora en los interiores del abismo.

La superposición que se teje entre compases de ascenso y descenso, luz y oscuridad, presencia y ausencia, crea un *aire violento*, una *furia elemental*, una zona donde colisionan toda clase de fuerzas que ponen en marcha una serie de movimientos en lo más profundo de la *ensoñación aérea*. Esas fuerzas generan un impulso por ir más allá de los límites que impone la fijeza de la realidad; la vida soñadora se presenta como un ámbito que permite al soñador volver a crear el mundo todas las noches, donde el movimiento mismo crea al ser. Este dinamismo es el que permite fundar otras maneras de vivir, resignificar y reinventar los males y pesares humanos a fin de que el alma pueda volar a través de una existencia más ligera, *libre*.

Por un lado, el lenguaje tiene la capacidad de *flotar* y elevarse, pero, por otro, de absorber el *peso* de los cuerpos; esta idea permite pensar la creación de la imagen literaria como un campo de fuerzas, donde el sentido total y acabado que ofrece la percepción inmediata se desgrana y afloran nuevas *ideas-fuerza* provenientes de la más profunda y cavernosa intimidad. Los movimientos que (des)articulan y rearticulan los sentidos entre sí responden a los movimientos del alma, del espíritu humano, el cual se dirige hacia un ámbito donde la levedad compensa el peso de la vida, un peso que se deposita en los cuerpos, en su fragilidad y vulnerabilidad. Así, la búsqueda que emprende el lenguaje es

la búsqueda que emprende el ser humano; la palabra, en el momento de su formación, “satisface necesidades de expansión, de exuberancia, de expresión”. (Bachelard 326) Se abre un margen en donde el lenguaje abandona su condición previa, se silencia a sí mismo para darle nitidez a una potencial realidad que se esconde en su interior, en su centro, aquél que mantiene con *vida* a una lengua. La palabra se repliega sobre ella misma, se refugia en los sentidos que la atan a evocaciones previas y, al mismo tiempo, se prepara para cortar esas ataduras con miras a proyectar significaciones nuevas. El límite —una especie de portal que funciona como una bisagra entre aquello que fue y lo que será, entre el pasado y el futuro— deja una estela cuyo presente es tan evanescente como el instante de silencio que habita en el corazón de todo proceso de enunciación. Ese espacio que articula *profundidad* con *expansión* —dos movimientos a los que hace referencia Bachelard al hablar del nacimiento de la palabra— carece de tiempo, no tiene coordenadas o referencia alguna; es un abismo que se abre entre ambas perspectivas desde el cual se impulsa el *sueño de vuelo*, evocación que juega con el vértigo al que se somete el lenguaje en busca de hacer hablar a la imaginación, a los deseos, al alma.

En el capítulo titulado “Ella y Él” se observa, por un lado, el universo que remite al padre de Nora, León, que se construye sobre los pilares de una partícula con una carga de significación tan fuerte que dota a gran parte de la escena narrada de un *peso* del que es difícil librarse. “Desde que a León le tocó hacer lo que no quería —vivir solo—, hacía a diario lo que no sabía hacer: comer solo, dormir solo, monologar, vivir sin ese codo a codo que se inventa de a dos. Por eso se lo veía apocado, encogido, descorazonado”. (Strejilevich 17) La insistencia en aquello que León no quiere, no desea, no conoce, lo instala en un ámbito invadido por la pesadumbre, el agobio, la desesperanza; el uso reiterado de la negación proyecta su actitud en relación al mundo. León se aleja, se aísla, se recluye en su departamento el cual, a su vez, ejerce sobre él una fuerza de atracción al interior de sus paredes, entre las cuales,

León andaba en círculos y en pantuflas, envuelto en su salto de cama marrón. Ya ni siquiera se asomaba a la ventana a silbarle sonatas a su antiguo yo. Solo se sentaba en su escritorio cuando tipeaba cartas para denunciar la desaparición de Gerardo. Cada respuesta negativa [...] lo arrinconaba más. El mundo se le iba achicando y cobrando la forma de un NO camuflado de interés por el otro. (Strejilevich 18)

Al otro lado de ese gran NO, se vislumbra un movimiento positivo, un SÍ, a través del cual “ella, mientras tanto, seguía zambullida en su particular vorágine, armándose una vida en inglés, concentrada en no atragantarse con las preposiciones y las haches aspiradas”. (Strejilevich 19) Inmovilidad, encogimiento, chispas de mutismo; dinamismo, progreso, multiplicación de lenguas. Este hiato entre padre e hija adquiere otro tono “en cuanto Él le dijo a Ella, por teléfono, que la necesitaba para su cambio de piel” (19); como cuenta Nora, León desea vender su departamento, aquél donde “había vivido su familia de mujer, hijo e hija”. Esta decisión representa un gesto que *eleva* la mirada de su padre hacia otra dirección, busca un cambio de aire, a partir del cual los dos puedan “decirle adiós, al unísono, a la historia que los había dejado flotando como átomos fuera de órbita, desconcertados y

frágiles ante la avalancha del tiempo”. (19) Aparece una nueva despedida, un momento en que León y Nora coinciden; instante volátil, misteriosa eternidad, dimensión que permanece suspendida como la única forma de encuentro entre padre e hija —que escapa al círculo vicioso, a la *vuelta en círculos*—. Ese departamento sometido al *peso* de los recuerdos, anclado en un pasado que se quiere mantener alejado, concentra una historia que se intenta abandonar; sin embargo, “en cada cosa ida queda inscrita alguna escena sin la cual no podrás reconstruir un ayer que deja sus migajas por todos lados, se desparrama, se niega volver al útero que lo parió” (124) En ese hogar que se empieza a difuminar —y cuyos rincones guardan el palpito de risas que una vez florecieron— se atisba un destello, un eco, una voz por fuera de Nora y de León. Un suspiro fuera del tiempo, del espacio, de la memoria, del dolor, distanciada de todo; una voz que emana de ese lugar luminoso, de ese hiato, que rompe con la circularidad y permite “dejar marchar”, habilitando la despedida entre dos voces que vagabundean una, en un vasto mundo (y, a la vez, tan pequeño que adopta la forma de una maleta) y, otra, entre las cuatro paredes de esa “enorme mole antigua con pisos de parque”. Esa voz suena como la de Gerardo, se asoma y se esconde, se vuelve luz de entre esa grieta donde residen los objetos que “se resbalan de las manos”, donde tienen vida propia —mundo sin referencias donde los objetos se ausentan, pero, a la vez, laten al compás de las pisadas para *no olvidar*—. Aquella voz murmura desde una zona “tan inmensa como acogedora” con la que se topa Nora cada tanto; encuentro despojado de ataduras, colmado de despedidas, donde la pérdida vive —con otra lengua, otras referencias- y donde las voces de ambos hermanos -y las de Sara y León— pueden abrazarse una vez más.

Quizás, ese lugar sea el *fin del mundo*.

Palabras finales

Me embarqué en una búsqueda que tuvo su punto de partida en una pérdida: la voz de mi madre. Perdí la cuenta de cuántas voces ya no oigo, de cuántas risas se acallaron, de cuántos “te quiero” fueron silenciados para siempre. Creí que mi voz sería eternamente el eco de las tuyas, resonando contra las paredes de una grieta que engulle todo aquello que deja de florecer. “El vegetal conserva fielmente los recuerdos de las ensoñaciones felices. Los hace renacer cada primavera. Y en cambio parece que nuestro sueño le da un crecimiento mayor, flores más bellas, flores humanas” (Bachelard 251); si el florecimiento del paisaje acompaña el florecimiento de la vida, la idea de ciclo —y, por ende, de circularidad— exige atravesar momentos en los que la rigidez del invierno y el peso de los cristales helados entumescen el alma. El lenguaje de la memoria anda en círculos, perdido entre recuerdos de una vida que ya no habla la misma lengua en nosotros; las letras giran, una a una, alrededor de un centro de gravedad que las condena a la errancia, al vagabundeo hasta que, un nuevo impulso, les permita hacia el florecimiento de un nuevo sentido. Tanto Nora como Isaac se desplazan en todas direcciones —entre múltiples geografías, entre su yo íntimo y su yo colectivo y entre ascensos y descensos que van, desde los sueños, hasta la dolorosa realidad—; mientras la voz de Gerardo se presenta como esa “luz” que articula la distancia padre e hija y mitiga el peso de lo vivido acercando las voces de León y Nora, por otro lado, la voz de la nieta de Isaac aparece como aquella que resuena desde el interior de un surco silencioso e impulsa a que su historia sea escuchada. La condición de cada uno de ellos como *exiliado de sí mismo*

hace que hayan perdido *un* centro, pero, a la vez, construido varios, que sostuvieron su errancia y el aprendizaje de un nuevo lenguaje propio. Generaciones más tarde, la búsqueda del corazón memorial se topa con un nuevo lugar: el de la imaginación, donde las infinitas posibilidades de ser alcanzan el fin del mundo.

Notas

¹ “El 14 de mayo de 1948, David Ben-Gurión declara la independencia del nuevo Estado de Israel. [...] es visto como un refugio seguro para las numerosas víctimas de la persecución nazi a los judíos en Europa. [...] Después de la Segunda Guerra Mundial, el anhelo de muchos judíos es abandonar Europa y emigran a Palestina. Gran Bretaña no lo permite y envía a los inmigrantes judíos de regreso o los encierra en campos. En 1947, las Naciones Unidas acuerdan dividir el territorio Palestino entre los judíos y los árabes. Muchísimos árabes, así como organizaciones judías no están de acuerdo y la lucha que se desata es ganada por los judíos. Un día después que se proclama el Estado de Israel los países árabes vecinos atacan. Esta guerra dura aproximadamente un año y el vencedor es Israel. Una nutrida parte de la población árabe de la antigua Palestina es expulsada y huye. Ellos y los demás árabes que permanecen, a partir de ese momento, son llamados palestinos.” *Anne Frank House*.

² Ariel Raber (2020) apunta: “[...] ya para 1947, cuando Argentina comenzaba a recibir mayores corrientes de sobrevivientes del Holocausto, solamente el cinco por ciento de los refugiados que migraban al Paraguay se quedaban allí. Este número estaba compuesto por personas que no tenían parientes que financiaran el ingreso irregular hacia otros países. Una vez que los refugiados llegaban a Paraguay podían conseguir un certificado de nacimiento alegando que sus padres habían olvidado registrarlo [...]. Con la cédula en mano, se podía solicitar a la Policía de Asunción una cédula de identificación paraguaya con la que una persona podía viajar a la Argentina sin necesidad de conseguir una visa. Otra alternativa era el cruce de la frontera por la noche a través del Río Paraná, disfrazados de gauchos o agricultores por un precio de entre 100 a 200 guaraníes. [...] En una entrevista realizada por Anita Weinstein a Zelig Weisfeld [...] —quien había formado parte del comité creado en Resistencia, Chaco, para recibir a los judíos que ingresaban a través de los países limítrofes en la segunda posguerra— contaba que estaban en contacto con Soprotimis y se alojaba a los inmigrantes en esa provincia por unos días hasta que emprendían viaje a Buenos Aires. Cuando los refugiados llegaban a Paraguay, se ponían en contacto con un hombre al que apodaban en ídish ‘el glotón’ [...]. De acuerdo al entrevistado, se trataba de un judío de Asunción, pero acostumbraba a cruzar a Corrientes, Resistencia y Buenos Aires, era muy conocido en todas esas zonas, él era el prototipo del transportador de gente.’ La entrevista con Weisfeld, muestra el trabajo de este comité que operó durante esos años, con el objetivo de asistir a los sobrevivientes que cruzaban irregularmente al país desde Paraguay.” (152-3)

Referencias bibliográficas

- Bachelard, Gaston. *El aire y los sueños*. Colombia: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Bekeris, Eugenia. *Desentierro. Arte, memoria, identidad*. La Plata: Ediciones Al Margen, 2002.
- Cameron, Sharon. *La luz en los lugares ocultos*. Buenos Aires: Umbriel, 2022.
- Dutrénit Bielous, Silvia. *Aquellos niños del exilio: cotidianidades entre el Cono Sur y México*. México: Instituto Mora, 2015.
- Gatica, Mónica. *¿Exilio, migración, destierro?* Buenos Aires: Prometeo Libros, 2013.
- “La fundación del Estado de Israel”. *Anne Frank House*, <https://www.annefrank.org/es/timeline/183/la-fundacion-del-estado-de-israel/>. Accedido el 21 de diciembre de 2022.
- Raber, Ariel. “La migración de los sobrevivientes del Holocausto a la Argentina a través del Paraguay” en *Hacer patria: estudios sobre la vida judía en Argentina*, compilado por Emmanuel Nicolás Kahan, Wanda Wechsler. Ariel Raber. Buenos Aires: TeseoPress, 2020.
- Simón, Paula. “De *Una sola muerte numerosa* a *Un día, allá por el fin del mundo*: la poética del desgarró en la narrativa de Nora Strejilevich”, *Hispanic Issues On Line Debates* 10 (2022): 33-48.
- Sneh, Perla. “Lengua de frontera – Apuntes sobre *Un día, allá por el fin del mundo* de Nora Strejilevich”, *Hispanic Issues On Line Debates* 10 (2022): 60-70.
- Strejilevich, Nora. *Un día, allá por el fin del mundo*. Buenos Aires: Eduvim, 2019.
- Strajilevich Knoll, Florencia. “Notas escritas a partir de la narración oral de Isaac Knoll: testimonio ofrecido por un sobreviviente del gueto de Przemysł.” [manuscrito no publicado]